

## El armario de la abuela

Tomás YERRO VILLANUEVA\*

**M**uchos años después, frente a los anaqueles de incunables de la Biblioteca General de Navarra, yo había de recordar aquella tarde remota en que la abuela me mostró la pequeña biblioteca del tío Antonio. Lerín era entonces un pueblo de poco más de 3.000 habitantes, calles muy empinadas y embarradas, una iglesia monumental y unos pinares y un río donde los chicos jugábamos a luchas y a piratas de agua dulce. Para mí el mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas, a falta de palabras, había que señalarlas con el dedo, como hizo la abuela con aquel armario.

Desde que tengo memoria, en días lluviosos de diciembre, y aprovechando las vacaciones escolares navideñas, mi padre nos llevaba a mi hermano mayor y a mí a casa de la abuela para desgranar mazorcas de maíz. La vivienda la componían cuatro plantas muy espaciosas; la cuadra para ocho machos o mulos y un caballo de montura, que con frecuencia recibían las tarascadas de una cabra con ubres siempre a punto de estallar; un lagar presidido por una prensa oscura, con un tornillo descomunal, y una bodega excavada en la roca. De las tres gigantescas cubas de roble siempre se desprendía un aroma dulzón y balsámico, inconfundible, a vino tinto. Con el correr del tiempo, la casa que albergara a una familia numerosa había ido quedándose casi vacía: la abuela Javiera —una diminuta mancha negra— y tía Asunción deambulaban por la cocina y las alcobas como bailarinas infantiles en un escenario.

79

Lo que durante toda la vida había sido el dormitorio principal, según contaba la abuela, con tres balcones a la calle Tahona y cuatro alcobas menores a su alrededor, se había convertido irremediabilmente en granero, aunque varias dependencias de ese piso conservaban todavía buena parte del antiguo mobiliario doméstico. En una de las habitaciones siempre había extendidas en el suelo, sobre papeles descoloridos de periódicos, cantidades enormes de manzanas y algunos membrillos. El aroma inundaba toda la planta tan gratamente, que los nietos remoloneábamos siempre al tener que abandonar aquel paraíso de olores.

La máquina de desgranar mazorcas se componía de una pequeña mesa de madera con cuatro patas, sobre la que estaba montado un pequeño embudo metálico y dentado que se accionaba mediante una manivela. Se parecía a la máquina de picar carne y hacer salchichas, salchichones y morcillas, manejada por mi madre y la mondonguera señora Polonia durante los días —divertidísimos para los niños— que duraba la matanza del cerdo. Para Josemari y para mí la máquina era un juguete excepcional. Cada uno procuraba imprimir la máxima velocidad al manubrio y así lograr un buen récord de granos. Mientras uno sudaba tinta, el otro se

dedicaba a mirar a los transeúntes desde el balcón y, desde luego, a comer membrillos y mazanas.

Una mañana de vacaciones y maíz me puse a explorar los muebles, algunos bastante destalados, de los dormitorios. En el cajón de una mesilla descubrí una colección de postales antiguas, estampas religiosas de santos, vírgenes y jaculatorias, y recordatorios de primera comunión y de muertos. Me asusté un poco al ver juntas tantas estampas con recuadros negros, que empezaban con una fórmula misteriosa: "R.I.P." Entonces comprendí por qué la abuela recordaba con exactitud, sin equivocarse nunca, las fechas de la primera comunión, los cumpleaños y los aniversarios de defunción de muchos parientes, amigos y conocidos. Casi todos los cajones de las numerosas mesillas, cómodas, consolas, armarios y baúles estaban repletos de ropa: camisetas, calzoncillos pulgueros, camisas, pantalones, chaquetas y trajes de hombre que pertenecieron, según me dijo la abuela una vez, al abuelo Tomás; y ropa de mujer: vestidos, faldas, chaquetas, combinaciones, bragas y sostenes, muchos sostenes. Además, las sábanas y las colchas inundaban todos los armarios.

80 Mi investigación por los muebles se había detenido por algún tiempo ante un armario de cuaterones oscuros, el más elegante de todos. A diferencia de los demás, estaba cerrado con llave aunque ésta se encontraba colocada en la cerradura de una de las puertas. Me infundía un extraño respeto. Otro día en que estaba solo ante las mazorcas, con mucho sigilo me atreví a abrirlo. Estaba dividido en cuatro estanterías y, al parecer, lleno a rebosar de desconocidos materiales. Unas telas blancas ya envejecidas cubrían cada uno de los niveles del armario. Refrené mi primer impulso de retirar los paños para observar el contenido. No sé por qué razón, me vinieron a la mente las sábanas moradas de tamaño descomunal que cubrían los retablos de la iglesia durante la Semana Santa: a mejor me encontraba allí imágenes de santos y crucifijos. Estando con la punta de una teñida de la mano, oí que la abuela subía por las escaleras, quizás para supervisar mi trabajo o aprovisionarme de unas cuantas galletas de las suyas, alargadas y estriadas. De prisa corriendo cerré el mueble cuando su cara blanca de porcelana y su rotunda nariz ya se asomaban por la puerta.

Un domingo, como de costumbre, me entregó la paguilla. Después de darme un beso y recomendarme que me portara bien, me dijo:

—Si quieres, mañana, cuando no haya nadie en casa, te enseñaré el armario.

—¿Qué armario? —le contesté—.

—No te hagas el tonto, Tomás. Ya sabes bien de qué estoy hablando.

Al día siguiente, a eso de las cinco de la tarde, me presenté nervioso delante de la abuela, que estaba acurrucada en una silla baja de anea calentándose cerca de la cocinilla de leña, que los mayores llamaban económica.

—Ya verás cómo te gusta lo que te voy a enseñar —me saludó con una sonrisa un poco melancólica.

Yo no sabía qué decir. La cogí del brazo y le ayudé a subir las escaleras hasta el tercer piso, el del maíz. Cuando ella cruzaba el dormitorio a pasitos cortos rumbo al armario enigmático, mi corazón empezó a acelerarse y, a pesar del frío, mi cara se llenó de sudor. La pobre debió de notar algo extraño en mí porque añadió: —No te apures. Ya te he dicho que te va gustar mucho.

Con una rapidez endiablada, quitó de un solo tirón las cuatro telas del armario. Me quedé sin poder hablar. Ante mí apareció el montón más grande de libros que yo había visto nunca, lo menos doscientos o más. Casi todos de pie y otros, los de tamaño más pequeño, tumbados horizontalmente encima de los volúmenes más gruesos. En el colegio de las monjas primero y más tarde en la escuela, sólo había podido leer algunas cartillas, unos cuantos libros y una enciclopedia, además, eso sí, de muchos tebeos. Don Paco el maestro tan sólo guardaba en su clase, en una especie de alacena, unos ejemplares amarillos de Mis dictados y otros de historia de España junto a una bola del mundo y a unos mapas enrollados. Aún recuerdo como si fuera ayer las palabras pronunciadas por la abuela mientras casi tocaba los volúmenes, señalándomelos, con su mano derecha:

—Todos estos libros fueron del tío Antonio, un hermano mío que fue cura. Murió mucho antes de que tú nacieras. Desde hoy puedes leer los que quieras y llevártelos a tu casa. Como ves, son muy bonitos. Cuídalos. Cuando yo muera, serán tuyos, Tomasito.

En ese momento abracé a la abuela y se me escaparon unas lágrimas. No pude darle ni las gracias.

En los días siguientes, con la ayuda de un taburete, me dediqué a hojear todos los libros cuando mi hermano me lo permitía, porque pronto se había dado cuenta de que ahora me gustaban más los libros que la máquina del maíz y me trataba de “falso”. La mayoría de los libros estaban forrados en piel, tan clara como la madera de roble sin barnizar o negra por completo; al acariciarlos, su contacto me resultaba muy placentero. El primero que tuve en mis manos se titulaba *Praelectiones Theologicae* y estaba escrito en un idioma incomprensible. Me llamó mucho la atención que en la primera página en blanco podía leerse, escrito con tinta negra y una letra preciosa, lo siguiente: “Antonio Ona y González, Seminario Conciliar de Pamplona”. El autor, fácil de recordar por su apellido canino, era un tal Perrone. Después pasé a otro, uno de los más bonitos, titulado *Summa Sancti Thomae*, del que pude contar hasta otros nueve, numerados, con el mismo título. Una mañana descubrí el llamado *Diferencia entre lo temporal y eterno y crisol de desengaños*, escrito por Juan Eusebio Nuremberg. Me pareció que aquel título tan largo tenía algo que ver con lo predicado por don Babil, el párroco, en la misa mayor del domingo pasado. Mucho asombro me causó encontrar una obra bien curiosa: *El panal del cristiano o sea La Misa, histórica, mística y litúrgicamente considerada*, publicada en Madrid el año 1880. Leí algunas páginas sueltas, muy difíciles de entender, de la *Historia eclesiástica de España*, de don Vicente de la Fuente.

En la primera etapa de mi exploración, el gran descubrimiento fue *El Año Cristiano* (1862), del Padre Juan Croisset, que constaba de doce tomos, uno para cada mes del año. Eran, con mucho, los libros más manoseados, aunque se hallaban en buen estado de conservación. El

tío Antonio debió de leerlos muchas veces; además, eran la lectura diaria y casi exclusiva de la abuela. Ese día le pregunté de qué trataban aquellas obras de aspecto tan severo y compacto, que ocupan todo un anaquel del armario. Me respondió que de las vidas de muchos santos. Desde aquella fecha la abuela solía leerme las biografías de algunos santos, la mayoría, por cierto, mártires despedazados por las fieras en el circo romano o descuartizados y quemados por algún malvado. Aquello empezaba a gustarme mucho y algunas vidas de santos ocupaban mi cabeza de día y de noche hasta producirme pesadillas. Por mi cuenta empecé a leer páginas y páginas de aquellos cuentos sobre hombres y mujeres de nombres tan curiosos, que contrastaban con las páginas llamadas de reflexión y meditación, que siempre me saltaba.

En la parte más baja del armario, escondido en un rincón, localicé un libro precioso sobre la Virgen de Lourdes. Su tamaño era igual de grande que los misales de la iglesia; y sus tapas, de piel pintada de azul con brillos dorados. Pasé muchas horas recreándome en los dibujos de paisajes, pastores, puentes, vírgenes y cuevas. Otro día cayó en mis manos un *Método de Hidroterapia*, uno de los libros más divertidos por sus dibujos con hombres y mujeres casi en pelota remojándose el culo en bañeras grandes y pequeñas, alguna semejante a un orinal gigantesco con respaldo.

Revolviendo los libros del armario, una mañana de verano me encontré con uno grueso, muy hermoso, de cubiertas rojas en piel: un jinete con armadura cabalgaba a lomos de un caballo de apariencia pacífica y junto a él desfilaba, también sin prisas, un señor más grueso sentado sobre un burro. Ambos rodeados por complicados dibujos de flores y un arco sustentado sólo en una columna, pero sin ofrecer amenaza de caída, bajo el que se leía Don Quijote de la Mancha. En los primeros minutos me dediqué a ver los numerosos dibujos repartidos en las páginas, que a menudo presentaban a los dos personajes de la portada. Leí varios capítulos salteados: había muchas palabras que no entendía, pero seguía leyendo. Aquellas semanas, para mí emocionantes e inolvidables, mis padres empezaron a preocuparse por mi conducta, porque no salía de casa tanto como antes y a veces no aceptaba las invitaciones de los amigos para ir a nadar al puente de La Cadena. Muchos años después, ante la edición crítica del profesor Francisco Rico, yo había de recordar que mis verdaderos don Quijote y Sancho Panza eran aquellos a los que acompañé, con los que me reí y lloré siguiendo sus aventuras en la edición madrileña de Saturnino Calleja, ilustrada con 316 dibujos de M. Ángel, grabados por Carretero, Sampitro y Santamaría, publicada en la Biblioteca Perla el año 1904.

*La isla del tesoro*, de R. L. Stevenson, me ocupó pocos días, porque la leí de corrido: primero en casa de la abuela y después en casa de mis padres y en la escuela, en clase de don Paco, quien me descubrió con la novela entre las piernas cuando debía estar copiando en mi cuaderno, con la plumilla, una muestra de Historia de España. Me regañó, tampoco demasiado, y su enfado y mi disgusto se disiparon muy pronto. Silver y Jim se convirtieron durante una larga temporada en mis amigos predilectos. En el recreo quise contarles la novela a dos compañeros y empezaron a reírse diciéndome que cómo se me ocurría perder el tiempo con aque-

Ilas memeces, que mejor era jugar al fútbol. Cuando a los doce años salí a estudiar a Tudela como alumno interno, me conocía ya todos los libros del tío Antonio.

Muchos años después, ante los anaqueles de incunables de la Biblioteca General de Navarra, yo había de recordar aquella tarde remota en que la abuela Javiera me enseñó el armario de libros del tío Antonio. Muchos años después yo había de recordar aquella tarde remota en que la abuela me inoculó el virus de la lectura, contra el que, ay, no existe antídoto. Tal vez por ello, los buenos libros para mí continúan teniendo el sabor de las manzanas crujientes y los membrillos en sazón y el brillo de la sonrisa cómplice y maliciosa de la abuela Javiera.